

Una Encíclica compleja

JULIÁN MARÍAS *

La Encíclica *Sollicitudo rei socialis* («La preocupación social de la Iglesia» en versión española) ha despertado vivo interés, quizá no enteramente claro. No ha sido siempre bien entendida; se la ha elogiado unas veces, se le han hecho reproches otras, casi siempre atendiendo a *partes* de ella, aisladas del conjunto. Creo que es esencial leerla en su *integridad*, teniendo en cuenta todo lo que en ella se dice, no sólo aquello que se desea —o se teme— encontrar.

Claro que el que estas lecturas parciales sean posibles es un reparo a su redacción. Evidentemente, es menos unitaria que otras Encíclicas de Juan Pablo II, sobre todo las tres dedicadas a la Trinidad, que son extraordinarias. Al leer «La preocupación social de la Iglesia» es difícil evitar la impresión de que un texto primero ha sido revisado, corregido, matizado, completado. Una de las causas de esa complejidad es que parte de la Encíclica de Pablo VI *Populorum progressio*, para conmemorar los veinte años de su publicación en 1967. En buena parte, la de Juan Pablo II es un diálogo con la anterior, una confrontación de la situación que aquella describía con la actual, un balance de los cambios experimentados por el mundo desde entonces. Esto introduce una dualidad, y excluye un planteamiento rigurosamente unitario, que yo hubiera preferido.

Se tiene la impresión de que se utilizan expresiones corrientes,, que circulan en los medios de comunicación, que todos repiten, pero que carecen de precisión, en ocasiones de adecuación a la realidad, como Norte y Sur, los dos «bloques» Este y Oeste, los números ordinales aplicados a los «mundos» que se distinguen dentro del mundo: primero, segundo, tercero, hasta cuarto. El Papa, por supuesto, advierte expresamente que esos nombres no se pueden tomar literalmente: «Esta terminología -geopolítica —dice— es sólo indicativa, pues no se puede ignorar que las fronteras de la riqueza y de la pobreza atraviesan en su interior las mismas sociedades, tanto desarrolladas como en vías de desarrollo.» «Se comprende por qué —añade en otro lugar— en el lenguaje corriente se hable de mundos distintos dentro de nuestro *único mundo*: Primer Mundo, Segundo Mundo, Tercer Mundo y, alguna vez, Cuarto Mundo. Estas expresiones, que no pretenden obviamente clasificar de manera satisfactoria a todos los países, son muy significativas. Son el signo de una percepción difundida

* Valladolid, 1914. De la Real Academia Española. Miembro del Colegio Libre de Eméritos.

de que la *unidad del mundo*, en otras palabras, la *unidad del género humano*, está seriamente comprometida.»

La apelación a la solidaridad es sumamente enérgica: «Nos encontramos, por tanto, frente a un grave problema de *distribución desigual* de los medios de subsistencia, destinados originariamente a todos los hombres, y también de los beneficios de ellos derivantes. Y eso sucede no por *responsabilidad* de las poblaciones indigentes, ni mucho menos por una especie de *fatalidad* dependiente de las condiciones naturales o del conjunto de las circunstancias.» Pero más adelante recuerda que «el mismo Señor Jesús, en la parábola de los talentos, pone de relieve el trato severo reservado al que osó esconder el talento recibido: "Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí... Quitadle, por tanto, su talento y dáselo al que tiene los diez talentos" (Mt 25, 26-38). A nosotros, que recibimos los dones de Dios para hacerlos fructificar, nos toca "sembrar" y "recoger". Si no lo hacemos, se nos quitará incluso lo que tenemos».

Hay cierta dosis de pesimismo en la reciente Encíclica, comparada con la de Pablo VI. «La *esperanza de desarrollo* —dice—, entonces tan viva, aparece en la actualidad muy lejana de la realidad.» «No se puede negar que la actual situación del mundo, bajo el aspecto de desarrollo, ofrezca una impresión *más bien negativa*.» Sorprende que en una comparación entre la situación de hace veinte años y la actual no aparezca ni una sola mención de lo más grave que ha acontecido al mundo en el aspecto económico, aunque por motivos políticos. Me refiero a las consecuencias incalculables del embargo del petróleo en 1973, seguido por la desmesurada elevación concertada de su precio, lo que ha supuesto la miseria para todos los países pobres y en vías de desarrollo, privados de recursos para todo lo que no sea pagar la factura del petróleo; y una fuerte retracción de la economía de los países industrializados, que ha frenado su desarrollo, su capacidad de empleo y, por ello, de absorción de los excedentes laborales de países menos avanzados; es la causa principal del enorme aumento de paro en la mayor parte del mundo.

La Encíclica *Sollicitudo rei socialis* es sobre todo, como era de esperar, *religiosa*; este aspecto es el más importante y valioso de ella. Cuando habla de desarrollo no se refiere exclusivamente al económico; hay otros indicadores todavía más preocupantes: «Estos son: el *analfabetismo*, la dificultad o imposibilidad de acceder a los *niveles superiores de instrucción*, la incapacidad de participar en la *construcción de la propia nación*, las *diversas formas de explotación* y de *opresión* económica, social, política y también religiosa de la persona humana y de sus derechos, las *discriminaciones de todo tipo*, de modo especial la más odiosa, basada en la diferencia racial.» «En el mundo actual, entre otros derechos, es reprimido a menudo *el derecho de iniciativa económica*», lo cual destruye «*la subjetividad creativa del ciudadano*» y lleva a una «*nivelación descendente*». En todo totalitarismo «el hombre, el pueblo, se convierte en "objeto", no obstante todas las declaraciones contrarias y las promesas verbales». Por eso, dice Juan Pa-

**APELACIÓN
ALA
SOLIDARIDAD**

**ENCÍCLICA
RELIGIOSA**

blo II, hay «muchas *formas de pobreza*»: «La negación o limitación de los derechos humanos como, por ejemplo, el derecho a la libertad religiosa, el derecho a participar en la construcción de la sociedad, la libertad de asociación o de formar sindicatos o de tomar iniciativas en materia económica, ¿no empobrecen tal vez a la persona humana igual o más que la privación de los medios materiales?» Y sobre estas ideas se vuelve al final de la Encíclica.

Pero el núcleo de ella, lo que verdaderamente la vivifica, es su contenido estrictamente religioso, la apelación a la fe y a la interpretación de toda realidad que de ella brota. «El hombre debe someterse a la voluntad de Dios, que le pone límites en el uso y dominio de las cosas, a la par que le promete la inmortalidad. El hombre, pues, al ser imagen de Dios, tiene una verdadera afinidad con él.» «Según esta enseñanza, el desarrollo no puede consistir solamente en el uso, dominio y posesión *indiscriminada* de las cosas creadas y de los productos de la industria humana, sino más bien en *subordinar* la posesión, el dominio y el uso a la semejanza divina del hombre y a su vocación a la inmortalidad.» Y, todavía con mayor claridad y energía: «Podemos decir, pues —mientras nos debatimos en medio de las oscuridades y carencias del *subdesarrollo* y del *superdesarrollo*—, que un día, cuando "este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad" (1 Cor 15, 54), cuando el Señor "entregue a Dios Padre el reino" (*ibíd.*, 15, 54), todas las obras y acciones, dignas del hombre, serán rescatadas.»

Por eso puede hablar Juan Pablo II de las «estructuras de pecado» —lo que ha sorprendido a muchos—, recordar que siempre responden originariamente a pecados personales, que la Iglesia no tiene soluciones técnicas ni es una «tercera vía» entre las formas deficientes que ofrece el mundo, que la denuncia es necesaria, pero «el *anuncio* es siempre más importante que la *denuncia*, y que ésta no puede prescindir de aquel, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta».

No tengo la impresión de que estos rasgos de la última Encíclica de Juan Pablo II se hayan comentado mucho; apenas se han mencionado; a lo sumo, se ha pasado sobre ellos como sobre ascuas. Pero es evidente que es lo esencial, que es lo que de verdad inspira su texto; se trata de un documento *religioso*, y desde esa dimensión capital se consideran los problemas que afectan a los hombres en este mundo, incluso en las circunstancias más concretas; pero siempre en la perspectiva del sentido que la vida tiene para el cristiano y de su realidad en esta y su esperanza en la otra.

En esta Encíclica se habla sobre todo del amor, de la imagen de Dios, de la inmortalidad y la resurrección. Esto puede parecer sin interés a la mayoría de los que la han comentado; pero sin ello ¿sería una Encíclica? Y, todavía más, ¿sería de Juan Pablo II?